



UNA POBRE MUJER ABANDONADA.

(Cuadro del pintor de cámara Diez, en Meiningen.)

Este cuadro es el fruto de un arte trasplantado al suelo alemán, al que dieron existencia los pintores Maës y Riedel en Roma, y que tiene por objeto representar mas bien la disposición del alma y de los sentimientos, que no la acción combinada de grupos llenos de figuras. Con respecto á este objeto han prevalecido al mismo tiempo un modo nuevo y especial de claro oscuro y un toque completo del colorido mas fino y de mas efecto. Diez, conocido en las cortes de Europa como un eminente retratista, se ha afanado, al seguir el modelo de Maës y de Riedel, por apropiarse con igual habilidad tambien las ventajas de los modernos pintores belgas, como lo manifiesta el cuadro que tenemos á la vista.

Cuanto mas se le mira, tanto mas atrae. Ningun efecto forzado estorba la impresion que causa esta obra maestra. Los medios se hallan empleados con tanta sencillez y ligereza, que notamos en la verdad universal la vida individual, y en la ingénuo naturalidad el sublime valimiento de un concepto moral. El cuadro es tan vivo como la misma vida; nos representa la realidad al través del espejo encantador de la poesía.

Una pobre y abandonada mujer en una capilla delante de la imagen de la Virgen, delante del símbolo del amor maternal probado en los dolores mas acerbos. Está arrodillada en las gradas de piedra del altar; el pié derecho descansa estendido sobre su punta, y el zapato da testimonio del largo viaje que ha hecho. En sus manos apoyadas sobre sus rodillas duerme un niño de pecho; no cruza las manos en actitud de orar; sino que las deja caer abismada en su dolor; de

un corazoncito de ámbar, quizás una memoria del esposo que la ha abandonado, pende el rosario. El segundo niño la agarra por el brazo caído; el ojo de esta cabecita llena de rizos vaga rápida y distraídamente sobre los objetos que le rodean. La pequeña niña aun no comprende el dolor de la madre, y solo tiene de ello un presentimiento indefinido. Cansada del camino y de estar en pié, descansa sobre el derecho y toca al suelo ligeramente con la punta del otro; la delgada saya no la alcanza sino hasta la rodilla; debajo de este pobre traje aperehense las desnudas piernecitas, en las cuales se reconoce, como en casi todos los niños, una ligera curvatura que no deja de tener cierta gracia. De detrás del altar viene la luz por una ventana, y vemos cómo sus oblicuos rayos tocan las espaldas y el cabello del grupo. Sin que se note que el pintor haya querido á todo trance producir un efecto, ha aprovechado no obstante la luz con tanta felicidad, que vemos al grupo libre y suelto delante del altar.—La madre lleva un pañuelo atado á la cabeza; su pelo solo indica ligeramente el abandono de la miseria; su rostro no hace alarde de sus padecimientos; su traje no quiere implorar la voz de la compasion. Es jóven, no del todo hermosa, pero bien formada. En otro tiempo era feliz á pesar de su pobreza. Pero ahí ahora es una pobre mujer abandonada, que con los restos de su felicidad, con sus hijos, espone su indignencia á la Madre Dolorosa. No hay nada de extraordinario en su rostro; lo único que se nota en él es la glorificación del dolor. Una niebla producida por las lágrimas vertidas nubla su vista; las largas noches de la pesadumbre, el insomnio, el cuidado de los niños y el amor hácia el traidor, que

shuyente de su cara cada boella de amargura, han agotado la fuente de las lágrimas, pues ya no la es dado llorar, y el único surco en las esquinas de la boca dice claramente que el dolor ha luchado convulsivamente en su corazón. ¡Qué feliz, qué contenta hubiera podido ser! Esta es la primera, pero también la más cruel pena que ha tenido y que ha arrugado su rostro. Pues la madre de Dios les en sus facciones cada poco necesitaba para ser feliz y cuán pronto ha huido la poca felicidad de que ha gozado. Su dolor es resignado, sencillo y natural como su amor, y tan profundo, verdadero y emanado de la fuente más escondida del sentimiento como aquel. Ora al amor maternal, le presenta el niño dormido y sin pena, que en su tierna inocencia es aun ajeno de toda culpa. Ruega al amor maternal, y así que se levanta para emprender su peregrinación por la vida, este amor la consolará y guiará. Toda una vida humana hay en el momento que abraza el cuadro; enternecida por el profundo dolor del alma, profetiza una larga serie de luchas diáfnas, pero pronostica también la victoria del amor de madre, la victoria de corazón de mujer que saldrá sostenida contra el rigor de la miseria. Por esta razón enternecida y enaltece este cuadro; por esta razón no hubiéramos en un momento en adjudicarle el premio; por esta razón nos detenemos tanto tiempo delante de él, porque encadena y embruta á todo el mundo.

UNA ARISTOCRACIA DE AMOR Y OTRA DE GLORIA.

(Continúa.)

Teresa no lloraba ya. Tantas lágrimas había derramado, que secas estaban las fuentes de sus ojos: tanto había sufrido, que el escudo de su padecer la había hecho insensible. Nada era bastante á hacer brillar un rayo en sus ojos amortiguados; nada era capaz de devolver el color á sus pálidas mejillas. Era la imagen del dolor. Todo para ella había acabado. Se la veía sola siempre, y siempre vestida de negro, siendo tanto más triste su luto, cuanto que lo llevaba por señal de quien ni aun había tenido el consuelo de ser la esposa. Esta conducta, poco común á la verdad, fué explicada de un modo diverso en el país, y cada uno la interpretó á su modo. La calumnia, está entezanada ahora que lo mismo había bajo el techo pajizo de una pobre choza que bajo el rico artesonado de un suntuoso palacio, la calumnia encontró donde incidir en el comportamiento de Teresa. ¡Oh! es que, tal es decirlo, la calumnia no respeta ni el dolor ni las lágrimas.

La pobre jóven fué solo mirada por algunos pocos como un modelo de amor; pero los mas la señalaron con el dedo como una loca. Así va el mundo.

Ahora bien: Pablo no había muerto. Si hacía tiempo que no había dado noticias suyas á su familia, es que verdaderamente no tuviera lugar para ello. El soldado francés entonces debía limitarse á escribir con la punta de la bayoneta ó del sable; la pólvora y no la tinta era la que tenía el privilegio de entrecoger sus dedos, á menos que, como muy frecuentemente sucedía, no fuese la sangre á disputarle este privilegio.

Pablo entró por fin en Francia de un modo bien distinto de como de ella saliera. El hijo del pueblo que había marchado con el fusil al hombro, regresaba con la charretera de coronel y la cruz de honor en su pecho. Una y otra había merecido: puesto que entre los soldados se distinguiera primero como el más decidido, y luego entre los oficiales como el más bravo. Nadie podía rivalizar con Pablo en lealtad, en conocimientos y en intrepidez. Napoleón le había distinguido entre todos, y Napoleón no se equivocaba jamás en elegir á sus hombres.

La reputación del jóven coronel le había precedido en la ciudad donde su regimiento pasó de guarnición. La llegada de Pablo fué un verdadero triunfo. Se sabía lo que había hecho, y se pensaba lo que aun podría hacer; de tal modo era su juventud para todas una garantía segura del más brillante porvenir.

El coronel vivía entre fiestas y placeres. Siendo jóven, arrogante y galán, no podía fallarle otro género de conquistas, si no tan gloriosas, mas dulces al menos que las de los campos de batalla: así fué. Una de las mas ricas y mas nobles herederas de la ciudad no creyó entonces rebajarse admitiendo gozosa, con aprobación de su padre que un gran dignatario en la corte imperial, los homenajes de un antiguo aldeano. Es que la gloria, que no es sino una nueva clase de nobleza, sabe salvar las distancias y llenar los abismos que separan á los hombres. El coronel no se hubiera atrevido nunca á aspirar á tan brillante alianza. Se consideró pues sobremanera feliz al ver que su proposición fué aceptada y su amor perfectamente recibido. Verdad es también que el mismo emperador pidió á su favorito que otorgara la mano de su hija al valiente oficial.

Pablo acompañaba por todas partes á su novia; era su caballero en bailes, en paseos, en teatros. La seguía como su sombra. Y sin

embargo, cuando estrechaba aquella mano pequeña, delicada y resplandiente de diamantes; cuando rodeando con sus brazos el flexible tallo de siliide de su prometida, la arrastraba por entre el torbellino de las colmipañadas por la sala, sin embargo, digo, no había ni gozo en sus ojos, ni ardor en su frente, ni entusiasmo en su corazón. Es que siempre en estos casos le acudía á la memoria una jóven montañesa, y se acordaba de sus primeros amores, de la danza animada de su país, á la que often veces se habría entregado con otra hermosura, sin diamantes ni coquetería, es cierto, pero rica de amor y de ingenuidad.

Oh! sí, precisa es decirlo, muy á menudo se acordaba de su primera desposada; muy á menudo tambien al dulce nombre de Teresa, una de esas gruesas lágrimas, como saben solo derramarlas los valientes, corria á lo largo de sus mejillas hasta ir á morir entre su bigote rubio. Pronto sin embargo rechazaba esos pensamientos, quimeras misteriosas de una época pasada, sueños dorados de la juventud á quienes envolvía ya el sudario del olvido.

Teresa había faltado, según él creía, á sus juramentos. ¿Qué muchacho pues que á los doce años dispusiera él de su mano para otra, ya que no de su corazón?

Antes de terminar su enlace, Pablo pidió solo un poco de tiempo para ir á su pueblo con el doble objeto de participar su regreso y la noticia de su boda á su familia, á la cual tenía vivos deseos de ver, y á la que solo había descuidado advertir su entrada en Francia para hacer su día mayor con su sorpresa.

IV.

El pueblo recibió por fin al hijo que durante tanto tiempo había perdido de vista. Si él no se hubiese apresurado á nombrarse, nadie hubiera reconocido bajo el elegante y bordado traje de aquel oficial superior, al jóven pastor de otro tiempo de todos tan amado y tan querido.

El es sin embargo, él mismo. Su madre no ha necesitado mas que verle para echarse en sus brazos, loca de amor y de ternura. Su padre le ha estrechado convulsivamente contra su seno, y no nota ya que le ha faltado, puesto que le ha sido devuelto. Pero sus hermanas, á quienes dejó tan pequeñas, y que encuentran tan grandes, tan lindas, tan altas; de timidez y de frescura, sus hermanas, á pesar de la dicha que sienten recobrando á su hermano único del que aun se acuerdan, permanecen confusas ante su traje lleno de bordados, y no se atreven á abandonar su cordada hasta que Pablo una tras otra las ha apretado contra su corazón rozando su casta frente con sus labios.

Á pocos pasos de allí una mujer había caído al suelo desvanecida, porque ella tambien había querido ver al jóven y arrogante coronel. Pablo al primero notó su presencia, corrió, la levantó... ¡Cielos! es ella! la infeliz... respirando apenas.

Es que la alegría mata como el dolor.

Cuando, no sin dificultad, la hubieron vuelto á la vida, la pobre jóven miró á Pablo y quiso hablar; pero las lágrimas que abundantes manaron de sus ojos ahogaron su voz.

—Teresa, Teresa, vuelve en tí, le decía cariñosa la voz de su antigua amante; ya estoy de vuelta, ya estoy á tu lado!

—Pablo, Pablo! pudo tan solo murmurar Teresa, diciendo este nombre tan amado con toda la efusión de su alma.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, los dos antiguos amantes empezaron á mirarse sin atreverse á hablar. Cualquiera que en aquel momento les hubiese observado, hubiera notado en sus rostros la alegría, pero tambien la expresión de los mas vivos temores. Temblaban de interrogarse el uno al otro.

Por fin, el coronel, después acaso de clavarse el puñal hasta el pomo acabando con aquella agonía, fué el primero que rompió el silencio y preguntó á Teresa noticias de su familia. Su traje negro y sus adornos de luto le habían hecho presumir que había quizá perecido su padre. Pero cuando supo que aun vivía:

—¿Pues entonces, le dijo, á qué es ese traje?

Teresa se calló y bajó la frente, que se enrojeció como una ascua.

—¿Sois viuda, señora? preguntó el coronel.

—Sí, respondió ella, soy viuda sin haberme casado. Llevo luto por mi amor que perdí hace doce años.

Todo quedó explicado.

—¡Oh! dijo Pablo lleno de un reconocido orgullo, abandona pues el luto y viste por el contrario tu traje de boda. Yo soy libre, y espero que ahora tu padre me querrá por yerno.

Al día siguiente el coronel escribía su historia al emperador, y le pedía permiso de rehusar la mano de la hija del senador para casarse con Teresa. Su petición le fué otorgada por conducto del ministro de la Guerra con estas palabras al margen, escritas por el emperador mismo:

«La conducta de Teresa es admirable; la hago baronesa.»

Tres semanas después Teresa y Pablo estaban unidos y parlaron para París.

V. E.

LA CAZA DE FIERAS.

La siguiente relación formará parte de un libro que publicará dentro de poco Mr. Julio Gerbó, el célebre cazador de Argelia.

La pantera se halla en las tres provincias de la África francesa, entre el litoral y las llanuras, pero más cerca del litoral. Hay dos clases, semejantes en el pelo, pero diferentes en la talla.

La más grande es igual á una leona de dos años; su hermana es la tercera parte más pequeña. Este animal cazador tiene toda la astucia del gato; su carácter y sus hábitos se diferencian esencialmente de los del león, al que se parece á primera vista.

Mientras que el león vive á costa de las poblaciones, la pantera se alimenta con el producto de su caza. El león huye á trevidamente á la llanura, y coge á vista de los árabes un buey ó un caballo; la pantera teme abandonar los bosques, aun de noche, y si no ha podido coger un chacal, se contenta con una perdiz ó un conejo. La voz del león parece á un trueno; la de la pantera se asemeja á la de una mula.

Voy á referir un episodio de caza, durante el que pude observar á mi placer el grito de este animal, y buscar su analogía con el de las demás bestias.

Era el 16 de julio de 1843; yo había sido llamado por los habitantes de la Mahouna (Ghelma) para librarlos de una familia de leones que había fijado allí su cuartel, y abusaba de los derechos de hospitalidad.

A mi llegada al país me dieron todas las noticias que podía apetecer acerca de los hábitos de estos huéspedes importunos, y supe que venían todas las noches á bañarse al Oued-Cheif.

Me trasladé inmediatamente á la orilla del río, y no solo encontré la pista de estos señores, sino también su entrada y salida habituales. La familia era numerosa; se componía del padre y la madre y tres hijos ya mayores.

Me hallaba cerca del río, en medio de unos doce árabes que me habían acompañado, y á pocas pasadas de distancia de la entrada de los leones. Según los indígenas, la guarda de ellos debía estar en un fuerte impenetrable, que estaba á nuestra derecha.

El anciano Trief, cheik de este país, se acercó á mí, me cogió por la mano, y señalándome las numerosas huellas que había en la arena, me dijo:

—Son muchos. Vámonos.

Insistió en que me volviera al aduar, y después quiso dejar algunos hombres, que demostraban en su rostro la repugnancia que tenían á quedarse allí.

Rehusé estas dos proposiciones, y le rogué que se retirase con toda su gente, porque se acercaba la noche y podían venir de un momento á otro.

Este buen hombre accedió, bien á su pesar, á mi invitación, y antes de separarnos me pidió permiso para hacer con los suyos la oración de la tarde (*sallat el maghrab*), á su, según decía, de que Dios velase sobre mi aquella noche, en que nadie cerraría los ojos en la montaña, y grandes y pequeños esperaban con la mayor ansiedad que mi fusil les hablase.

Acabada la oración se acercó á mí el cheik, y me dijo:

—Si quiere Dios escuchar nuestras oraciones, y si tú quieres tranquilizar á los que te aman, después que hayas muerto alguno, enciende una hoguera con el ramaje que van á reunir mis hombres, á fin de que cuando nuestros oídos perciban la señal del combate puedan nuestros ojos ver la de la victoria, y te prometo que te contestaremos.

En tanto que las gentes del cheik hacían sus preparativos con un ardor poco común en los árabes, que son la pereza por esencia, se quedó aquel á mi lado, y me dijo:

—Si yo supiera que no te habías de burlar de mí, te daría un consejo.

—La palabra de un anciano, le contesté, es siempre respetada.

—Pues bien, escucha, hijo mío; si vienen los leones esta noche, el señor de la gran cabeza (así llaman los árabes al león padre) irá el primero; no te dé cuidado por los demás; los hijos son ya grandes para que la madre cuide de ellos, y van con el padre. Así es que te recomiendo el señor de la gran cabeza. Si ha llegado tu hora, él será el que te mate; los demás te comerán.

Algunos minutos después el cheik desapareció en el bosque, y me encontré solo en presencia de las huellas de los leones, de los preparativos de la hoguera, y de aquella guardia misteriosa, sobre la que las sombras de la noche echaban un velo impenetrable, que se complacía mi imaginación en desgarrar, contando las garras del señor de la gran cabeza, y de la familia que protegía.

Entre tanto pasaba el tiempo, y la luna, que yo no esperaba ver,

por lo reducido que era mi horizonte, comenzaba á dar á mi alrededor una claridad que miraba con gratitud.

Serían ya las once, y empezaba á extrañarme que hubiera tenido que esperar tanto tiempo, cuando percibi algún ruido en el bosque.

Poco á poco se oyó este ruido más distintamente. Bien pronto vi bajo los árboles muchos puntos luminosos, de una claridad roja y móvil, que avanzaban hácia mí.

Esa vez reconocí sin trabajo la familia de los leones, que llegaban por el sendero hácia el punto que yo ocupaba, uno tras otro.

En vez de cinco no conté más que tres, y cuando se detuvieron á quince pasos de mí, me pareció que el que marchaba primero, aunque de una talla y una fisonomía más que respetables, no era el señor de la gran cabeza.

Se pararon los tres, y me miraban asombrados: según mi plan de ataque, apunté al primero é hice fuego. Un rugido doloroso y terrible contestó al tiro, y luego que el humo me permitió ver, distinguí dos leones que entraban en el bosque á paso lento, y el tercero, que con las espaldas rotas se adelantaba arrastrando hácia mí. Comprendí en seguida que el padre y la madre no eran de la partida.

Por un esfuerzo que le hizo dar un rugido de dolor llegó á tres pasos de mí, y me ensañó todos los dientes; una segunda bala le hizo rodar como la primera; pero volvió á levantarse por tres veces, y no cayó del todo hasta que le di un balazo en la cabeza.

He dicho que al primer tiro dió un rugido espantoso: pues bien; en el mismo momento, y como si hubiera visto lo que había pasado, se puso una pantera á gritar con todas sus fuerzas en la orilla izquierda del río. Al segundo tiro dió otro grito, que fué contestado por otro más lejano.

En una palabra, mientras la duración de este drama, cuatro panteras, que no creía yo se refugiaban en aquellos sitios, donde jamás las he vuelto á ver, hicieron una bacanal diabólica, recogiéndose por la muerte de un enemigo á quien temen.

El león que acababa de matar tendría unos tres años, muy gordó y tan bien armado como si fuera viejo.

Después de haberme asegurado que valía la pena de la pólvora que había gastado, y que al verle los árabes le saludaban con satisfacción y respeto, encendí la hoguera, que no tardó en iluminar las dos vertientes de la montaña.

El eco me trajo el sonido de una detonación lejana; era la señal de la victoria dada por el cheik á todos los aduazas de la Mahouna, que contestaron á su vez.

Al amanecer, mas de doscientos árabes, hombres, mujeres y niños, llegaban de todas partes para contemplar é insultar á su placer al enemigo común. El cheik vino de los primeros á anunciarme que en tanto que mataba este león, el señor de la gran cabeza, acompañado de su mitad, le había llevado un buey.

Desde esta época hasta el 13 de agosto del año siguiente, un habitante de la Mahouna, llamado Lakdar, había perdido por causa de este león cuarenta y cinco carneros, una yegua y veintinueve bueyes. A instancias suyas, fui á su casa el 13 de agosto por la noche, y pasé algunas noches en las inmediaciones sin encontrar el animal. El 26 por la noche me dijo Lakdar:

—El toro negro falta en el hato, de manera que ha venido el león; mañana irá á buscar sus restos.

Al día siguiente, apenas salió el sol, estaba de vuelta. Al despertarme me le encontré delante de mí inmóvil, y sus perros estaban echados á sus pies y llenos de agua, porque la noche había sido muy tempestuosa.

—Buenos días, hermano, me dijo; le he encontrado.

Sin decirle una palabra tomé mi fusil, y le seguí. Después de atravesar un gran bosque de olivos silvestres, descendimos á un barranco, donde nos encontramos con el toro. Le había devorado el pecho y la barriga; y después le había puesto de modo que parecía que estaba echado. Dijo á Lakdar:

—Tráeme una galleta y agua, y que no venga nada hasta mañana.

Cuando me hubo traído mi comida, me instalé al pie de un olivo salvaje, á tres pies del toro, corté algunas ramas para defenderme la espalda, y esperé.

Esperé mucho tiempo; á eso de las ocho de la noche los débiles rayos de la luna nueva que se ocultaba en el horizonte alumbraban apenas en el punto donde me hallaba situado. Apoyado contra el tronco del árbol, y no pudiendo distinguir más que los objetos que estaban á mi alrededor, traté de escuchar. Oigo por fin romper á lo lejos una rama, me levanto, cojo mi fusil, y espero con el dedo puesto en el gatillo, pero sin oír más.

Por fin se oyó á treinta pasos de mí un rugido sordo, que se va acercando lentamente; al rugido sucede un movimiento á ruido gutural, que es señal de que el león está hambriento.

Se calla luego el animal, y no le veo hasta que distingo su mons-

trouosa cabeza sobre la espalda del toro. Empezaba á comer, mirándome, cuando una barrita de hierro le atravesó el ojo izquierdo.

Ruge y se levanta sobre las patas traseras, y aprovecho la ocasión para atravesarle el pecho con otra barra, y cae rodando y agitando sus enormes patas.

Después de haber vuelto á cargar, y creyéndole casi muerto, me aproximo á él y trato de darle una puñalada en el corazón; pero por un movimiento involuntario para el golpe y se rompe en su antebrazo.

Doy un salto hácia atrás, y al tiempo que levantaba su enorme cabeza le doy otros dos tiros, que acabaron con él. Así concluyó el señar de la gran cabeza.

Volvamos ahora á la pantera:

Me han contado que cuando mata la pantera un carnero, lleva sus restos sobre un árbol muy alto para librárselo de las uñas de los chacales, de las hienas y otros carnívoros.

La pantera habita en las rocas, en las fragosidades y barrancos que por su escabrosidad son inaccesibles al león, su mas temido enemigo.

Hace una guerra encarnizada al puercó-espín; y es tal la destreza y la paciencia de la pantera, que espera noches enteras á que el puercó-espín salga, y en cuanto le ve sacar la cabeza, da un salto y con la velocidad del rayo se la arranca; de manera que muere antes que haya podido ver á su enemigo.

En la época en que empezó á cazar animales dañinos no conocia sus hábitos, y procedía para cazar la pantera del mismo modo que con el león. No tardé en conocer que me habla equitocado, y que si el león esperaba á acometér al hombre por la noche, la pantera huía de él.

Entre otros ejemplos citaré el siguiente:

Durante el estío de 1844 supo por los indígenas que habitan las cercanías de Nech-Meias, que uno de estos animales de la clase mayor se habia fijado en unas rocas, conocidas en el país con el nombre de Ayar-Monchar. Como mi destacamento estaba á unas dos leguas del punto designado, partí inmediatamente.

Serian las cinco de la tarde. Acompañado de uno del país que se ofreció á servirme de guia, llegué al pie de la roca en el momento en que la pantera entraba en su morada, llevando un animalito que me pareció un topo.

Hubiera podido tirarla fácilmente; pero preferí dejarla retirarse tranquilamente para esperarla mas cerca á su salida. Después de haber dicho al árabe que al amanecer me trajese el caballo que habia dejado en el aduar, le despedí y me acerqué con el mayor cuidado á la caverna donde habia desaparecido.

La entrada era tan estrecha que no me esplicaba cómo podia entrar por allí esta pantera, de igual talla que una leona.

Un lentisco que se encontraba á unos diez pasos, me pareció un puesto cómodo, y la elegí para pasar la noche.

A cosa de las diez o muchos estornudos bastante fuertes del otro lado del lentisco. Temiendo alguna sorpresa no pude resistir á la tentación de ver lo que pasaba detrás de mí.

Al movimiento que hice para volverme, mi fusil rompió una rama, y oí una especie de ruido como el de un gato. Después el ruido de un animal que huía, y cuando me levanté á toda prisa, vi un animal que entraba en la caverna.

Esperé hasta que fué de día, sin resultado, y habiéndome traido el caballo, me volví al destacamento, prometiendo volver por la noche.

La segunda noche fué como la primera, sin resultado, pues habiendo sacado la pantera unas diez ó doce veces la cabeza fuera de la cueva, y viendo que habia peligro, se volvió á entrar.

Pasé así diez noches consecutivas, sin haber tenido ocasión de tirarla, y al undécimo me dijo un pastor que bajaba al mediodía á beber á un manantial situado cerca de la roca, y donde solía ir á la hora en que el excesivo calor hacia recogerse á los aduare á los árabes y á sus rebaños.

Le reconocí, y estaba cubierto por un espeso ramaje, es el que podía colocarme sin ser visto, y tirarle á boca de jarro.

A cosa del mediodía llegaron dos perdices rojas á bañarse en el manantial, y de pronto empezó á llamar el macho y desaparecieron en el bosque.

En el mismo instante oí un ligero frotamiento en las ramas, y se apareció la pantera, con el cuello estendido y la pata en el aire, en la postura de un perro de espera.

Estaba á unos cinco pasos de mí, y se presentaba de costado. Apunto, sin que me viese, entré el oído y el ojo, doy al gatillo, y cae como herida de un rayo, sin dar un chillido.

Desde este lance he creído que la pantera es un animal diestro, astuto, de paciencia, pero tímido.

Como tiene buenos dientes, y está dotado de una fuerza muscular

bien grande para luchar con ventaja, contra el hombre, no se puede atribuir su cobardía mas que á un vicio de organización inherente á su especie.

Respecto á este punto tienen los árabes una tradición muy curiosa, que referiré aquí, valga por lo que valiere.

Era en la época en que los animales hablaban, lo que ya es bien añejo.

Una banda de veinte leones, que venia del Sud, llegó al término de un bosque, habitado por un gran número de panteras, que desparecieron uno de sus representantes para parlamentar con los reyes melencidos.

Después de haber mediado muchas contestaciones, el emisario volvió á dar cuenta de su misión, reducida á manifestar que los leones encontraban muy agradable aquel sitio, y que iban á tomar posesión, dejando en libertad á aquellas señoras para defenderse ó evacuar sobre la marcha. Indignadas estas, decidieron batirse.

La tradición añade que un solo rugido dado por los veinte leones á la vez, bastó para derrotar á aquellas señoras, y desde esta época la pantera trepa á los árboles como un gato, ó se esconde como el ratón para evitar al encuentro del enemigo, á quien no se atreve á provocar, y cuyo cólera teme.

Los árabes y los kabíles tienen poco que sufrir de la vecindad de la pantera; y así es raro que la cacen, y cuando lo hacen es en batida.

Cuando van en esta forma, á no ser que se refugie en una caverna, raras de séguro. Sin embargo, cuando está gravemente herida, hay que resguardarse, porque hace uso de los dientes y de las garras, como todos los de su especie.

Los indígenas tienen un medio muy ingenioso para matarla sin trabajo ni riesgo.

Ponen los restos de una oveja en el camino por donde ha de pasar, y luego que la acostumbran á venir á comer todos los días, colocan un pedazo de carne, que tiene muchos hilos que van á parar á la llave de varios fusiles, ocultos en la maleza. Hecha esta operación esperan á la puerta de su tienda á oír la detonación.

(Continuará.)

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

Prólogo.

Amigo Lucillo: no te afanes por viajar, porque sólo te serviré para deleitarte y contar los ríos y los montes que vistes; pero procura hablar con hombres sabios, que te será muy útil.

SÉNeca.

Fuá hombre Séneca de grande autoridad literaria, pero como hombre, falible, y espuesto á aferrarse alguna vez en ideas y en opiniones erróneas. Un punto es inquestionable: lo de ser útil la conversacion de los hombres doctos; pero es por otra parte cuestionable el pretender que no sea de utilidad el viajar mas que para deleitarse: yo lo tengo, al contrario, por utilísimo (y no soy solo). Téngase presente que ver es saber. El mundo se compara á un gran libro: á cada paso que se anda por aquel, deschítrase una nueva página de este: ¿quién solo da uno, qué puede saber? Quien cuasi nada ve, cuasi nada sabe, exceptuando alguno que otro privilegiado ingenio. Las naciones mas civilizadas en el día como Inglaterra, Francia, Alemania, España, etc., convencidas estan de la verdad de este aserto, porque las familias bien acomodadas, al salir sus hijos de las universidades, suelen enviarlos á viajar por un par de años por via de complemento de una buena educacion: varias son las ventajas que al viajar acarrea á un jóven de claro entendimiento y de corazón entusiasta.

- 1.^o Hojea, y hojea muchas páginas del gran libro de la naturaleza.
- 2.^o Adquiera esperiencia, que es de la ciencia madre.
- 3.^o Logra el conocimiento de idiomas, cuyo estudio á quien no sale de su país natal le es muy costoso y difícil.

Dicen que un hombre vale tantos como lenguas habla; y finalmente, Séneca al encarecer la frecuentacion de varones doctos, debió tener en cuenta que mayor número de ellos podrán visitarse en el dilatado ámbito de muchas naciones que en el reducido de una sola; pero prescindiendo de todo eso, aun cuando sirviera sólo de deleite, como dice el mismo Séneca, no sería pequeño hallazgo el de dar con un modo de vivir alegre en esta mouda, donde son muchos los días que han de señarse con piedra negra, y con mayor motivo cuando, como en este caso, lo útil con lo agradable; y, sin que esto sea tener la menor pretension de enmendarle la plana al gran Séneca, en su lugar hubiese escrito al amigo Lucillo:

Atánste en hora buena para viajar, que te servirá de instrucción y deleite, y procura hablar con varones doctos, que te será también muy útil.

Concluida mi defensa contra los que se opongan á los viajes, voy á probar de emprender la para mí difícil tarea de narrar uno que yo hice al Ecuador en el año (1842) en compañía del embajador español cerca la corte de Quito, llamado D. L. de P., marido de mi madre en segundas nupcias. Pretendo escribir un débil ensayo, porque mis letras, además de ser muy gordas, son muy pocas; y estas, aunque estoy seguro de no trazarlas con pluma de cisne, me temo mucha no le imite en el canto, y recuerde por un momento el lector la voz de dicha ave, que involuntariamente se llevara las manos á la cabeza en ademán de taparse los oídos. Ocorre otro y no pequeño inconveniente, cual es el de habérsame extraviado mi cartera conteniendo el pasaporte y todas las anotaciones inseridas para mí con exactitud de fechas, y bajo las impresiones del momento; estas han quedado grabadas en mi imaginación; pero las fechas hánse borrado del mal ordenado archivo de mi memoria.

Cómo ha de ser! yo he de escribir un libro, sea como sea; es menester empezar, es preciso vencer las primeras dificultades; no sé

qué autor francés dice que en todas las cosas lo mas difícil es el primer paso; démosle osados, que diz que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno, y yo gustaré contento con tal que en medio de este fango se pueda entretecer alguna que otra margarita.

CAPÍTULO PRIMERO.

CORUÑA.—SANTANDER.—CUBA.—JAMAICA.

Marzo, 1842.

En la Coruña, capital de Galicia, y si no me engaño, en marzo del año 1842, hallábame á la sazón de regreso de mi primer viaje á América, de donde no hacía aun medio año que faltaba, cuando recibí una carta de mi madre, que desde Madrid me escribía, brindándome á que tuviera la gallineta de acompañarla en la peligrosa cuanto larga y amenisima navegacion que iba á emprender á Guayaquil, por la vía de Panamá, haciendo su primera escala en Santiago de Cuba, donde le aguardaba su esposo, á fin de que reunidos desde allí prosiguiésemos juntos hasta el término del viaje, que era Quito. Fue mi júbilo tan grande al leer dicha misiva, que creí por un momento haber



(Vista de Torrelaguna.)

comprendido mal: así es que volví á leer de nuevo, y de nuevo palpité con jousitada velocidad de placer mi corazón. Iba á emprender otro viaje, el mas largo, el mas hermoso: además iba á abrazar á mi madre tras larga ausencia; íbamos á cruzar juntos un espacio de 3,000 leguas; iba á hollar con atrevida planta esos gigantescos montes denominados los Andes, á intornarme en la espesura de sus bosques, cuinas del mundo: la carta de mi madre me señalaba por nuestro punto de reunión á Santander, desde donde nos embarcaríamos para Cuba. Desde mi mas remota infancia ha sido mi destino el viajar, teniendo para ello mucha inclinacion, que degeneró mas tarde en una pasión decidida; añádase á esto el que yo nací para viajar, siendo dotado por el cielo de una salud y robustez á toda prueba para arrostrar impunemente los climas mas mortíferos. Ni los atmentos inusitados me perjudican, ni me arredran las fatigas, ni me desalientan los peligros; estos hasta me seducen mas bien, y encuentro atractivos en los viajes que me estropean; por cierto que la corta travesía que efectué desde la Coruña á Santander, en una balandra, me estropeó á saz.

Embarquéme sobre las diez de la noche después de algunas crueles despedidas que son siempre sensibles para corazones amantes. El patrón pensaba poderse dar á la vela sobre las once que solía saltar la brisa que necesitaba para salir del puerto. El mar por entonces estaba en perfecta calma, cual un espejo la bahía, relaba la luna sus

rayos trébulos de plata sobre aquella trasparente superficie en el firmamento, cual se miraba duplicando el inmenísimo número de sus brillantes estrellas. El viento se hizo esperar hasta media noche; yo, en vez de bajarme á la cámara, guardé de cucarshas y ratones, cámara paradida en donde juntas no cabían tres personas sentadas, y ninguna derecha, me estuve con preferencia encima de cubierta, contemplando el bello cuadro de la naturaleza, de que tan admirador soy: por un lado un bosque espeso de móstiles de la mercantil Coruña; por otro sus risueñas colinas con sus molinos de viento. Antes de abandonar sus playas diré algo de dicho puerto, de los mas conocidos, por la mismo de ser de los mas importantes de España. Ocupa su posición geográfica al N. E. de la península; su bahía se halla resguardada por una colina; sus fortificaciones son notables; datan del tiempo de Enrique III. El castillo de San Anton que antes fué ermita, es un pintoresco como insuperable, construido sobre unas rocas que se agrupan á sus plantas; en medio de la bahía se dibuja soberbio y vistoso, sobre su azulado fondo. San Anton, en fin, es el centinela de la ciudad y la llave de la ria; las calles de la Coruña son notables por su buen pavimento, y cuenta unas 19,420 almas.

Con esto, tengo daguerreotipada la Coruña, y pasando en silencio las tres noches que tardamos en llegar á Santander, navegacion molestá con poco temporal, donde no ocurrió cosa notable sino es que

los ratones se comieron la sopa de mi sombrero; anclamos en el puerto de San Andrés ó de Santander.

Salió al malecón lo más pronto posible, y fuíme á indagar el paradero de mi madre, cuyas esbaldas me dieron luego en la administración de las diligencias, y supe que solo se hallaba desde el día anterior en aquella ciudad; volé pues en su busca, y me recibió con un abrazo tan estrecho cuanto había sido deseado, desorientado por algunos años de separación. Desde muy pequeño he tenido que separarme con frecuencia de ella; de modo que mi corazón con frecuencia también se ha estado destrozado con cruces despididas; pero por otro lado es cierto que nunca hubiera saboreado las delicias del tornarse á ver, así como en amar sin las queridas, sin aquellas pequeñas tempestades que surten aguilares entre amantes, esos desconocerían las dulzuras de la reconciliación. Y como es muy cierto que nada hay en este mundo que perfecto sea, la demasada feicidad sería monótona; la misma luz del día que más mucho tendría para nosotros, á no compararla con las tinieblas de la noche?

Quince días permanecimos en la ciudad de San Andrés, que es la etimología de la palabra Santander; á lo que se cree boba allí un monasterio en tiempos antiguos; la ciudad fué una vez destruida, y después vuelta á fundar por Alonso VIII. No es bonita el casco de la población; pero está situada de manera que por cualquier punto que se mire ofrece vistas pintorescas. Desde la ría se ve un muelle nuevo, todo de sillera, de dos mil ciento noventa pies de longitud y veinte de elevación, y á su frente otro no concluido; al través de un hermoso caserío distribuido en manzanas se dejan ver algunos huertos; hay una colina que se extiende á la espalda de la población, verde en todos tiempos, y cuya falda toca en las últimas casas de la ciudad, adornada también de huertos y de caseríos, y su cresta por donde hay un camino de terreno, está coronada de dos hileras de arbolitos jóvenes que á cierta distancia presentan la imagen de una nube suspendida á lo largo de la colina.

Hizo mal tiempo durante los pocos días que allí permanecimos; por fin, nos embarcamos en el bergantín *Jocón Felisa*, que partió para Cuba, y como tengo ya prisa por llegar á tierra americana y que durante los cuarenta y siete días que duró nuestra navegación solo nos aconteció lo que comunmente suele en todas estas navegaciones, y es, tener buen tiempo y mal tiempo alternativamente, estacas, temporales, etc., mareáronse al principio, curáronse después y engordar como unos tudecos, pasé en silencio insignificantes trivialidades y diré que anclamos en la famosa bahía y tan deseada de Santiago de Cuba, que es la tercera ciudad mercantil de la isla, y está situada á cuatro millas al N. de su costa meridional sobre el extremo N. E. de su bahía. En antigüedad es Cuba la segunda ciudad de la isla; fué fundada por Diego Velázquez, año mil quinientos catorce, y se cree que el primer trabajo que se hizo para su edificación fué en la víspera ó día de Santiago, por lo cual se la dió esta advocación.

Su puerto es excelente porque tiene hasta cuatro millas desde N. á S.; su anchura es irregular, y muy estrecho en algunos parajes, pero resguardado de todos los vientos. Son hermosos el cielo y el suelo: lástima que reine allí en algunas épocas del año ese azote terrible de nado desconocido, y al que llaman vulgarmente *comito negra*, y los facultativos denominan *ifo intertropical*. Tan solo tres días permanecimos allí, transcurridos los cuales embarcáronse de nuevo en un vapor inglés que debía conducirnos á la isla de Jamaica; no va sola conmigo mi madre, puesto que nos juntamos con el señor D. L. de P., marido de mi madre, de quien mas arriba dije que iba como embajador al Ecuador, y además un hijo suyo de su primera mujer, joven de quien, sin temor de faltar á la modestia (por no existir entre nosotros consanguinidad) puedo hablar haciéndole la justicia de tributarle merecidísimos elogios; hoy tiene veintidós años, y está en vísperas de ir á Filadelfia, su país usual; yo lo quiero cual se puede: quise á un hermano muy amado; es de gallarda presencia, noble, generoso, instruido, de buena y natural talento, valeroso, cortés, excelente amigo.

De su padre ha heredado todas estas cualidades.

De su madre, que murió siendo él muy niño, ha heredado también sentimientos delicados y un patrimonio regular; se llama Luis como su padre; ahora bien, pagado este pequeño tributo á la amistad, volvamos á emprender el viaje.

Mi madre, padre, es hijo, yo, y un ayuda de cámara y una doncella, componíamos una caravana de seis personas; el viaje se iba á hacer mas divertido, y no embarcamos porque hubiese una señora; debo decir dos palabras de mi madre, y las diré sin adular, sin que mi lenguaje sea el de un hijo parcial, sino el que he oído á varias personas; hablaré por tradición. Es pues una mujer muy femenina (si se me permite la expresión), y por otro lado una amazona para sufrir con valor, y arrostrar hasta con alegría los coolatamientos que ocurren en un viaje; es además admiradora, grande de la naturaleza; es poeisa, música, artista en fin, hasta el fondo del alma; monta á caballo con

ligereza, agilidad y firmeza, desafiando á los huracanes que á dar carreras por terrenos quebradizos y peligrosos asperos, y posee con valor y esa fuerza que emanan á veces de la misma flaqueza; evita los peligros en cuanto puede, los desprecia si es preciso meterse en medio de ellos, y los arrostra, con acorada pecho y frente serena se vuelve una heroína.

Dicen también que su hermosura ha sido estremada, y lo que yo veo es, que hoy día que cuenta nueve lustros, no digamos que conserve restos, sino una verdadera belleza, admirando yo sobre todo su voz al cantar, en la que no se nota alteración de cuando tenía 15 años menos. Conoció en Londres á la Malibran García, quien se entonaba de llamarse su maestra, pues lo fué durante algunos años; y cito á la Malibran porque se vea que no me atengo aquí á mi opinión, sino á la del primer voto en el arte, aquel maestro que invujo jóven y al que nadie ha reemplazado aun. Todos estos detalles que algunos llamarán quizá de pueriles, sirven para demostrar que una mujer como mi madre necesariamente debia disfrutar mucho en un viaje de esta naturaleza, á mas de ser una compañera muy amena.

El vapor inglés que é la sazón nos embarcamos, llamado el *Tweed*, merece particular mención, y forma gran contraste con la balandra en que fui de la Coruña á Santander. Figúrese el lector un magnífico palacio ambulante; de popa á proa doscientos pasos; tres puentes; ochenta en lo que cabe ánchelos cámaras como cuartitos con sus puertas; máquina de vapor de la fuerza de 500 caballos; la cámara principal llena de caprichosas columnas, de dorados arcosonados; el techo pintado de azul salpicado de estrías de plata; muebles de caoba, terciopelo, seda y tafetá; hasta alfombras labias, y encima de un elegante chimenea francesa velase colocado un estante de libros, obras escogidas en cinco ó seis diferentes idiomas, para recreo de los pasajeros. Acabábase de perder otro vapor igual en las islas turcas, y calculaban el valor de la pérdida en 400,000 pesos, después de salvarse las gentes y los efectos principales.

Duró nuestra navegación 24 horas, fondeando en el muelle de Kingston, capital de la antilla inglesa Jamaica, á tres leguas E. de Spanishtown; está construida en forma de anfiteatro cerca de la costa meridional de la isla, en el seno de un valle de una hermosísima, amena y muy pintoresca montaña, presentando un agradabilísimo punto de vista. Las calles de Kingston son rectas, cortadas á cordel, y sin empedrar; sus casas de un solo piso no son muy sólidas, pero son muy bonitas é iguales, de modo que todo presenta un punto de vista uniforme; cuenta dicha población unos trece mil habitantes. El puerto es malo pero espacioso, nada menos que de tres leguas de largo sobre tres cuartos de ancho; puede contener mil embarcaciones, pero no al abrigo de las tempestades; los buques de guerra fondean en Puerto Real, el cual habiendo sido destruido por un temblor de tierra, fundaron después á Kingston en 1663. Nosotros nos instalamos en una casita muy linda con su jardín y baños. Esto de pasar como por nosotros con tanta rapidez dentro de un palacio ambulante desde un país español á otro esencialmente inglés, me hizo una notable impresión, despertó en mi alma recuerdos dormidos hacia algun tiempo; como he pasado mis primeros años en Inglaterra, tuve reminiscencias de los dichosos de mi infancia; me hallaba yo tan bien en Kingston, y no solo yo, sino todos nos encontrábamos tan felices, que dejamos con pesar aquel suelo después de doce días de permanencia en él, durante los cuales yo me complacia en pasar la mayor parte del día en el jardín muellemente tendido á la sombra de deliciosos naranjos y jazmines, medio embriagado por el perfume que exhalaban aquellas flores; de ese modo leía bellas páginas, y á veces dormitaba sobre ellas, y en esta disposición de somnolencia que sin ser un legítimo sueño es mucho mas grato, figurábase me leía otras páginas mas bellas aun que las interrumpidas; un mundo de cosas pasaba entonces por mi mente, que volaba por los espacios imaginarios, y despertaba con sentimiento.

Llegaba la noche: entonces íbame con mi amigo Luis á pasear, ora por la ciudad, ora por el campo, hasta azar avanzada la noche, permaneciendo absortos y encantados entrambos, con admirar aquellas hermosísimas noches americanas de que no pueden dar una idea las mas hermosas de Europa.

Tuvimos que marchar, y significó antes que con pesar, porque ello es cierto que todos nos encontrábamos felices allí; mas yo estaba muy lejos de sospechar una cosa, y es: que aquellos no eran sino los preludios de las impresiones que un poco mas tarde debían hacer vibrar con sus armoniosos sonidos las sensibles cuerdas de mi corazón. Ocurríese me aquello de que un bien nunca viene solo; este es un adagio no infalible, pero que suele realizarse genéricamente. ¿Un día de tristeza no estiendo sobre muchos otros su sombra lúbrica? Pues bien: la felicidad esparraca tambien sobre otros muchos días de nuestra vida un suave perfume, así como la madre selva embalsama la atmósfera que la rodea, y el viento que la columpia al pasar.

(Continuará.)—PRADO DE PRADO.

FUNERALES.

Los sianeses dan culto religioso á muchas suertes de ídolos, y entre ellos á los cuatro elementos; y dejan encargado cuando mueren que se les consigne al elemento á quien han tenido mas devoción: por ejemplo, los que han adorado la tierra se hacen enterrar, los que al fuego se hacen quemar, y los que al aire se hacen colgar para que los coman los pájaros. En esta nación se queman las mujeres con el cadáver del marido, y cuando el rey muere, no solo se queman con él sus mujeres, sino muchos señores se echan voluntariamente en la hoguera.

Los pueblos de la Abassia, en la Georgia, no entierran ni queman sus muertos; los meten en los troncos de los árboles huecos, ó los cuelgan de las ramas mas altas, atados con sarmientos, y lo mismo sus armas y vestidos, y para que el difunto pueda tener su caballo en el otro mundo, lo hacen correr á toda brida alrededor del árbol hasta que caiga reventado.

Los gauros, pueblos del Asia, atan sus muertos de pié derecho á unos pilares de siete á ocho piés de alto, con la cara vuelta al oriente, y se ponen á rezar hasta que vienen los cuervos: si alguno de los cuervos se tira al ojo derecho del difunto, creen que se ha salvado; pero si al ojo izquierdo, lo tienen por mal presagio.

Herodoto, Estrabon y Melo nos cuentan que muchos pueblos del Asia creerían cometer el mayor delito de impiedad, si dejasen podrir los cadáveres en un sepulcro, y que fuesen pasto de los gusanos: cuando muere alguno le parten en pedazos, y mezclándole con las demás viandas ordinarias, se lo comen con gran devoción, y esto es un motivo de regocijo en la parentela; y así se convidan á esta especie de banquetes con gran ceremonia, suplicando á los convidados tengan la bondad de ir á comer el cuerpo de N., del mismo modo, que entre nosotros se suplica se sirvan asistir al entierro de algun pariente ó amigo que acaba de morir.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

(Conclusion.)

LECCION SESTA.

Los cumplimientos.

El hombre, sin duda alguna,
de todos los animales
es el único risible,
y tambien el mas sociable.

Esto le impone deberes
y obligaciones muy graves,
para estar en armonía
con todos sus semejantes.

Nace cualquier parvulito,
y desde el punto en que nace
ha de estender la noticia
con la lengua de su padre.

¡Ay si á algun íntimo amigo
se quedan sin anunciarle
de una manera oficial
la llegada del infante!

No irá á verle, de seguro,
viviendo en la misma calle,
y hará pomposos elogios
del suceso en todas partes.

Crece, y sufre, pobre niño,
que á tu risueño semblante
se acerquen labios peludos
y caras de orangutanes.

No llores ni te retires,
que pudieran enfadarse,
porque tan jóven te opones
á las fórmulas sociales.

Ya irás viendo, ya irás viendo
conforme los años pasen,
que á fuerza de ceremonias
logras ciertas amistades.

¡Oh virtud de los saludos,
quién aprecia lo que vales!
Tú das y quitas amigos
en brevísimos instantes;

Que debe saber un hombre
como cosa indispensable
en tal ó cual cortesía
los grados que ha de inclinarse.

Cómo ha de llevar los dedos
al sombrero por la calle,
y al dar la mano á cualquiera
la cara que ha de mostrarle.

Si escribe esquelas ó cartas,
ha de poner, que es muy fácil,
cierto número de eses
y otras muchas iniciales.

Del uno llámese amigo,
de otro servidor se llame,
y vea si debe el sobre
llevar obleas ó lacre.

Desde el título hasta el forro
apréndete el almanaque,
y sabe todos los nombres
de vírgenes y de mártires.

Hoy son días de un amigo:
ve á dárselos y no faltes;
y has de ir á cierta hora
y has de llevar cierto traje.

Si vas temprano interrumpes
los quehaceres matinales,
y los gozes culinarios
del banquete si vas tarde.

Con una tarjeta cumplas;
mándasela, que es bastante,
y quedarán tan contentos
porque ven que te acordaste.

En su lecho de dolores
enfermo un amigo yace:
iré á verle; no recibas,
ó lo hacen de mal talante.

Basta mandar un criado
cada mañana á sentarme
en la lista; si la hubiera,
ó á preguntar de mi parte.

A la mansion de los muertos
piensan llevar el cadáver:
no voy; mi coche y mis yeguas
serán mis representantes.

Ya la visita de duelo
me obliga á oír tristes ayes,
y á ponerme compungido
cual todos los circunstancias.

Oigo prodigar consuelos
que parecen necesidades,
con lo de «¡quién lo creyera,
ahora que estaba tan ágil!»

Y lo que hablaba el enfermo
muy pocos momentos antes,
y el anticuado y terrible
«salud para encomendarle.»

¿Te casas, Juan? No te olvides
á tantos días cabales,
de ofrecer tu habitación
participando tu enlace.

Augurarán á tu cráneo,
si no es la esquila elegante,
y ensalzarán á la novia
si te olvidaste de alguien.

¿Dulces me envías? ¡Ah Juan!
ya entiendo bien esa imágen,
esa fórmula social
de pedir que te regale.

Lo haré, Juan, porque no ignoro
que no hay hombre que se pase,
si ha de tener un amigo,
sin tales solemnidades.

No hay tierra sin cumplimientos
de una clase ó de otra clase,
y tendrás que hacerlos siempre
aunque vivas entre cafés.

Y pues es corta la vida,
goza el mundo cual te hallaste;
no para tan poco tiempo
te canses en reformarle.

LECCION SÉTIMA.

La paciencia

¡Gran virtud es la paciencia,
y en el mundo gran consuelo
desde el día en que salimos
del depósito materno!

Dígalo el misero infante
con sus débiles lamentos,
viva imagen de las momias
entré pañales envuelto.

¡Qué paciencia necesita
al sufrir tanto meneo,
tanto insoportable grito
y tanto asqueroso beso!

Qué paciencia cuando aguanta
en la escuela á los maestros,
que quieren tal vez que aprenda
lo que ellos nunca supieron.

Paciencia, niño; mas cuida
de irla gastando con tiento,
no se te acabe el acopio
antes de llegar á viejo.

No hay nada tan necesario,
como ya irás conociendo;
sin ella nadie en el mundo
puede vivir ni un momento.

Paciencia si una mañana
vas por la calle corriendo,
y se cuelga de tu brazo
un amigo majadero;

y te da noticias frescas
de la atmósfera y del tiempo,
de si hace el oso á fulana,
ó se muda el ministerio.

Paciencia si pasas años
con un miserable sueldo,
y ves á cien mil petates
subir á encumbrados puestos.

Paciencia si cuando estudias
interrumpen el silencio
los coches, los vendedores
y los trinos de los ciegos.

Y te aturden por el patio
las criadas con sus ecos,
volviéndote un par de coces
si las regañas por eso.

Paciencia si por la acera
van cuatro sepultureros
que te dan en los hocicos
con el estuche de un muerto.

Paciencia si de visita
se meten en tu aposento
un amigo con su esposa,
la criada y tres chiclelos;

y has de alabar sus tontunas,
de los papás embeleso,
y decir que estan robustos,
y besar á todos ellos.

Paciencia si el mas remono
vierte en la alfombra un tintero,
y el otro llora y patea
porque rueda de su asiento.

O hacen tu baston caballo
y le parlen por en medio;
ó dan honores de silla
y de clac á tu sombrero.

Paciencia si eres amigo
de seguir al bello sexo,
y ellas te llevan al trote,
y encuentras cien mil tropiezos.

Paciencia si eres hermosa,
y pasas el día entero
escuchando las simplezas
de elegantes rapazuelos:

y te siguen á los bailes,
al teatro, á los conciertos;
y algun día en los garbanzos
hallarás dos ó tres necios.

Paciencia si hablar pensabas
á tu amor en el paseo,
y la ves ¡oh desventura!
asida al brazo paterno.

Paciencia si das en cama
porque te sientes enfermo,
y te cura unas viruelas
como tercianas el médico.

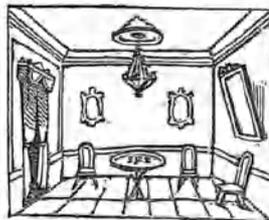
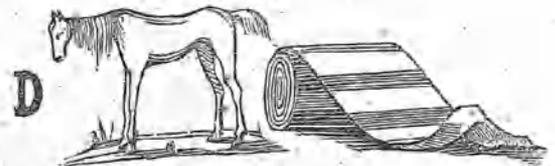
Paciencia si te preparan
el camino de los cielos,
y derecho te metes
en las tinas del infierno.

Paciencia si mis virtudes
leiste verso tras verso,
y al acabarlas conoces
que no dicen nada nuevo.

Y paciencia yo, y no poca,
si oigo ponerlas defectos
á quien habla en lengua humana
por bondad del Ser Supremo.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.